

—Sí, sí, siempre te preocupa tu dichosa política. Mi pobre Claudio, ya ves, tengo miedo de que seas incorregible.

—Es que ya soy viejo para cambiar.

—Es cierto que tienes canas. Pero á cualquier edad se puede uno modificar, hijo mio. Ya ves, yo no soy belicoso y nunca he pasado, como tu, el San Bernardo; pues bien, si te hubiesen matado cuando te tenían preso...

Y se detuvo.

—No, despues de todo, hubiese sido una tontería. La muerte de otro no te hubiese vuelto á la vida. Pero verdaderamente me habia dicho por un momento: «Si fusilan á mi Claudio, yo no sé lo que haré, pero me parece que mato á alguno de los jueces.»

—¿Por qué?—dijo Riviere.—Ellos hubiesen obedecido á su conciencia, como yo obedezco á la mia. Cada uno tiene su mision.

Semejantes respuestas, dichas con tono firme y llenas á la vez de melancolía y de resolucion, no eran por cierto muy propias para tranquilizar al pobre viejo.

El tio *Juan* estaba tan persuadido de que su hijo corria nuevos peligros, que un dia le propuso irse á vivir con él.

El antiguo mercader-de paños se decia que, de aquel modo, si prendian á Claudio, él podria, —¿quién sabe?—defenderse ó, advertido, buscar auxilio por todas partes. Pero el comandante lo rehusó. No solamente no queria exponer á su padre á un peligro posible, y adivinaba que el viejo no queria aproximarse sino en prevision

de futuros peligros, sino que sentía ansias de soledad. Aquella vida oculta, léjos de todos, en el silencio de su almacén de maderas, en el fondo de una casa hasta cierto punto ignorada, tenia para aquel sér, ávido de oscuridad y de silencio, un encanto amargo y especial.

No deseaba abandonar su retiro sino para encontrarse cara á cara con Agostino. Sabia por Thévenot que aquel ladrón del honor, asistía con regularidad á las reuniones de los Filadelfos.

—Y ¿por qué no me he de poder escurrir ocultamente alguna noche—se decia Claudio—hasta la calle del Cairo, á casa de Philopoemen, y allí aguardar el fin de la sesion, para coger por el cuello á aquel traidor y matarle en una habitacion, despues de haberle arrojado una pistola diciéndole que se defendiese?

—¡Proyecto imposible!—añadía en seguida el comandante.—Eso seria perder de un solo golpe á todos mis compañeros á la vez.

Y entónces ahogaba en su pecho, con una resolucion espartana, el impulso instintivo que le impelia á buscar la ocasion de vengarse. No habia sufrido aun bastante; bien podia sufrir algo más. Agostino pagaria su deuda de sangre en el momento que se quisiera. Lo que era menester entónces era estar pronto á combatir con Thévenot y los rudos amantes de la libertad.

Además, Claudio Riviere habia jurado á Solignac no exponer su libertad para encontrar al amante de Teresa. Despues de aquellas violentas tentaciones, de aquellos arranques de cólera, de aquella sed de venganza, el sentimiento

del deber contraído con sus amigos, dispuestos á sacrificar la vida, dominaba de nuevo en el alma del comandante, y se envolvía en él como en un manto, con una frialdad absoluta, que se hubiese tomado por una impasibilidad de marmol.

Su frente estaba serena, pero su corazón brotaba sangre.

Claudio cortaba además, en su interior, y como por un instinto, con Solignac. El hombre que lo había sacado de la prisión del Temple sabría también acabar con el marqués de Olona. Riviere ignoraba que una comunidad de odios le unían en adelante con su compañero de armas. Solignac, al vengarse de Agostino Ciampi, vengaba también á su amigo.

El coronel pensaba en ello, y, en el pequeño pabellon donde lo había instalado la señorita de la Rigaudie, dijo una mañana á Castoret:

—Vé á buscarme unos floretes.

—¡Floretes!—dijo el husar algo sorprendido.

—Floretes,—repitió Solignac.—Quiero saber si tengo fuerza para manejar un arma... y comprendo ¡misericordia humana! que nuestro sable de caballería va á ser todavía demasiado pesado.

—Floretes ¡Hum! floretes.

Y el husar se pasaba las encallecidas manos por el bigote.

Se preguntaba asimismo, si obedeciendo al coronel, no iba á ser causa de un nuevo accidente, y calculaba mentalmente el peso de aquellos floretes que acababa de pedir Solignac.

—Vamos,—dijo el coronel levantando la voz, —¿No me has comprendido? ¡Floretes!

—Es que yo no sé si debo...

—¡Qué! ¿siempre la misma amenaza? Si hago un movimiento, la bala...

—¡Diablo!—dijo Marcial meneando la cabeza.

—Pues bien, si no me traes los floretes—dijo Solignac,—me encolerizo, y la menor emoción puede acabar conmigo, como el menor movimiento. Trae los floretes, *sacr...*

Castoret no escuchó más. Oír de los labios del coronel un juramento cualquiera era cosa tan inusitada, que dudó si el coronel estaría, en efecto, furioso. El húsar no dejó terminar el juramento y salió apresuradamente del pabellon, adonde volvió al cabo de media hora, trayendo, debajo del brazo, un par de floretes.

—Bueno—dijo Solignac;—ponte en guardia.

—¿Quién? ¿yo?... ¿Hacer un asalto contra vos? Pero, mi coronel, cuando os digo que el señor Dupuytren...

—No me tiraré á fondo. Ensayaremos algunos golpes á pie firme. Quiero saber si la mano está bien.

—Escucha—dijo Castoret, volviendo de repente á tutearle.—Ya has expuesto la vida bastantes veces delante de los prusianos ó de los rusos, ¿á qué, por un capricho, arriesgarla hoy voluntariamente? Te juro que tu pobre Castoret sufre y tiene miedo.

—¿Miedo por mí? Oye, Marcial, es que ahora no se trata de una broma; quiero saber si tengo fuerza para hacerme justicia por mí mismo.

¡Cuando veas que un hombre tiene interes en saber cómo se encuentra en esgrima, es que tiene un enemigo!

—¡No os conozco más enemigo que un miserable, á quien no se castiga con la espada, sino estrangulándolo como á un perro!

—¡En guardia!—dijo Solignac sin responder.

Estrechó entre sus dedos la empuñadura del florete, y derecho, sin doblar las piernas, alargó el brazo y cruzó el hierro con Castoret; pero despues de tres pases rápidos, el coronel sintió en el pecho, hácia el lado izquierdo, un dolor sordo, como si le hubiesen apretado el corazon con los dedos. Dejó caer, ó más bien arrojó la espada, y dijo sonriéndose:

—¡No, todavía no soy más que un inválido!
¡Bah! siempre tendré fuerzas para oprimir el gatillo de una pistola. Llévate esos floretes, Castoret, ó ponlos fuera de mi alcance.

—¿Sufrís mucho?

—No, nada. No hay que inquietarse. Pero es una lección para que vuelva á ser lo que era; tengo que esperar todavía.

Y mirando al espejo su cara pálida y delgada:

—¿Adónde está, Castoret, aquel gran loco que no pensaba más que en sonreír y á quien llamaban el hermoso Solignac?

—¡Calla! — dijo interrumpiéndose — ¡han llamado!

Asomóse al antepecho que daba sobre la puerta del pabellon y vió á una mujer vestida de negro, llevando el rostro cubierto con una especie de mantilla.

Entónces experimentó una sensacion extraña: le parecia conocer á aquella mujer, que levantó bruscamente la cabeza, haciendo palidecer á Solignac.

Era Andreina.

El coronel, con un movimiento inconsciente, se retiró del balcon; pero en seguida volvióse á asomar, mirando fijamente á aquella mujer.

Habia tanta súplica, tanto temor, tal expresión sumisa, apasionada y tímida en los ojos, generalmente imperativos de Andreina, que dijo bruscamente á Castoret:

—Baja y deja entrar á la que llama.

La voz del coronel hizo tal impresion en Castoret, que interrogó los ojos de Solignac antes de obedecer.

La extraordinaria palidez de Enrique le sorprendió.

—¿Quién es?—preguntó.

—¿Qué te importa?

—Es que ¡*pauvre moi!* si no me interesase por mi coronel... seria egoista... ¿Quereis que os diga cómo se llama la que ha llamado á la puerta?

—¡No!

—¡Es la mujer morena! ¡Es ella! ¡Ah! ¡esta vez somos perdidos!

—¿Quieres que vaya yo á abrir?

—Nó. Ya voy. Cuando las personas se proponen matarse y se las quiere lo bastante para acompañarlas al cementerio, se las ayuda. Mírate... Bueno, ya bajo... pero ten presente que un solo latido del corazon puede ser mortal, y

tienes ya los ojos calenturientos y los labios trémulos... ¡Pues bien, viva la muerte! ¿Qué importa eso, puesto que quieres acabar de unavez?...

Solignac sentía, en efecto, una emoción violenta, que en vano trataba de dominar. A no dudarlo, la enfermedad de que aun no estaba curado, la pericarditis, había desarrollado en la región del corazón, una sensibilidad exagerada, por lo que siempre estaba intranquilo y como angustiado.

Renovó con una señal la orden que había dado a Castoret, y el husar bajó refunfuñando y retorciéndose los bigotes.

Marcial miró con aire de desafío á la señorita de Olona, cuyos ojos hacía brillar la fiebre y cuyos labios temblaban.

—Subid—dijo bruscamente.— Pero nada de gritos, llantos ni quejas; nada de comedia. El coronel está condenado á una calma forzosa. Si le causais una palpitation de más, tanto peor para vos, porque os mato.

Andreina miró al soldado de arriba á abajo con un movimiento de cabeza imperioso, y pasando delante de él, subió los escalones que conducían á la habitación de Solignac.

Al llegar delante de él, su primer gesto fué suplicante y casi apasionado; no pronunció una sola palabra, pero su actitud parecía implorar una gracia, y el coronel tuvo como un recuerdo repentino de su primer encuentro con aquella mujer, al fijarse en una rosa de color rojo vivo, casi de sangre, que llevaba prendida en su corpiño, debajo del corazón.

—Entre aquellos dos seres que se habían amado, y de los cuales el uno adoraba todavía al otro con una pasión que le torturaba, principió por haber un silencio casi terrible y lleno de temor.

No se ocultaba á Andreina que Solignac tenía presente la espantosa noche en que fué herido por Agostino. El coronel contemplaba á la italiana, como se detiene la mente en un recuerdo, como si contemplara una visión.

Andreina se estremeció al ver á Enrique.

Se rostro varonil estaba todavía muy demacrado y pálido.

Las señales de las garras de la muerte parecían todavía impresas en aquella figura enflaquecida y entonces, recordando á su hermano, la señorita de Olona murmuró con expresión de desprecio y de ódio.

—¡Ese miserable Agostino!

Luego, dominándose, dijo con voz temblorosa:

—¿No me habeis becho despedir? Os lo agradezco, Enrique.

Y añadió, queriendo sin duda reconquistar con una sola palabra todo el terreno perdido.

—¡Enrique!

Solignac se estremeció efectivamente al oírle llamarle, y respondió con un gesto que significaba: «Nada de gracias, no he hecho más que cumplir el estricto deber de un caballero.»

—Escuchad y creedme—dijo la joven.—He titubeado mucho antes de venir. Tenía miedo. Si no me hubieseis recibido, creo que me hubiera

vuelto loca. Hace muchos días que quería veros. He sufrido horriblemente, he sufrido como un condenado, todo el tiempo que habeis estado en el hotel de Farges, tan cerca de mí, y separados por un abismo, es decir, si hubiese sido por un abismo, me hubiera arrojado en él y nos hubiésemos reunido!... pero una puerta, un obstáculo estúpido! y las órdenes dadas... ¡Ah! ¡aquella mujer me ha atormentado mucho arrebatándote á mi cariño y á mis cuidados!

—¿Quién me ha salvado?—dijo Solignac severo y cruel.

—¿Quién? ¡Ella, quién lo duda! ¡Sí, es cierto; ella ha tenido esa dicha! Yo, en cambio, me arrancaba los cabellos, me retorcia las manos, y, mientras yo dudaba si acabar con mi existencia, ella te disputaba á la muerte y curaba tu herida. ¡Ah!—me decia yo—si esa herida tuviese veneno, con cuánto gusto aproximaria mis labios á ella para morir por ti y para tí!

El acento era tan sincero, el tono tan profundo y verdadero, que Solignac se preguntaba si habria sospechado sin fundamento de la italiana.

—¿Por qué hablais de morir?—dijo, no obstante, con expresion irónica.—En todo este asunto, la muerte no ha amenazado mas que á mí, y ¡demasiado sabeis el nombre de mi asesino!

—Si, lo sé—repuso la joven levantando la cabeza;—¡y ese nombre que yo llevo, ahora lo aborrezco, ¡oyes? lo aborrezco, porque es el de un cobarde!

Miró á Solignac de frente, y sus ojos arrojaban aquellos lívidos destellos que el coronel conocia.

—Dios es testigo—dijo con tono brusco,—de que si hubiese podido sospechar el horrible lazo que te tendió, me hubiese precipitado entre su pistola y tú. Pero yo no lo conocia, aunque tiene mi misma sangre, ¡y no podia figurarme que partiendo del odio, pudiese llegar hasta el crimen!

—Y—preguntó Solignac fijando sus ojos azules en las pupilas de Andreina,—¿fué él solo?

Exhalando un grito doloroso, casi frenético, la jóven le interrumpió, y levantando los brazos como para, hacer un juramento:

—Enrique, ¡oh! Enrique, por mi salvacion, por mi vida, por todo lo que más he podido amar en este horrible mundo, por el alma de mis padres, te juro que todo lo ignoraba, que no sospechaba lo más mínimo, y que aquel miserable me hubiese matado antes que herirme, si yo lo hubiera sabido... ¡Ah! ¿dudas? ¡Entonces estoy perdida! ¡La compañera de una lady Hamilton, ¿qué ha de ser? Y además, ¿cómo me llaman? ¡La espía! ¡Entre un espía y un asesino la distancia no es grande! No soy sensata y podria llegar á ser feroz, pero cobarde... eso no. ¡Y martarte á tí! ¿por qué? ¡Poco me importa que muera el mundo entero, con tal que vivas tú, puesto que te amo! ¿Me crees, di? ¿es que yo te figuras que miento? ¿Me crees capaz de mentir así?

—No—repuso Solignac, conteniendo su emocion.—Os... creo y os compadezco.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO.

—¡Ah! esperaba esta palabra—dijo Andreina soltando una carcajada nerviosa, una de esas carcajadas inconscientes, que son como la parodia del dolor cuando las lágrimas son impotentes para espesarlo—estaba segura de que habiais de pronunciarla... ¡Me amabas y ahora me compadeces!... ¿Luego hemos concluido?

Y le miraba con los labios abiertos y las facciones desencajadas por la angustia.

—Podeis fiaros de mi palabra—dijo el coronel.—El secreto del asesinato no saldrá de mi boca. Si, Andreina, os he amado mucho y os juro, en recuerdo de ese amor, no delatar al hombre que ha querido matarme. ¡No le alcanzará otra justicia que la mía!

Andreina se encojió de hombros.

—¿Y quien os habla de él? ¿Acaso he venido para pedirlo que le perdoneis? ¡Cada uno que sufra la suerte que merece; si la suya es acabar como los bandidos, que vaya a donde su destino le lleve! Yo nada reclamo para él... La casualidad le hizo nacer hermano mio, y las circunstancias de la vida han roto los lazos que nos unian. ¡Mi familia es mi amor, y mi amor eres tú! ¡Denuncia si quieres a Agostino, pero amame! ¿Me comprendes?

—El pasado ha pasado—dijo Solignac haciendo un esfuerzo para dar a sus palabras más resolución y frialdad.

—¿Luego tu amor ha muerto?

El coronel no respondió.

—¿Del todo muerto?

Solignac apoyó la mano sobre su corazón, que

parecía querer saltársele del pecho, pero sus azules ojos permanecieron fríos é impasibles y sus labios siguieron mudos.

—¡Vamos—dijo Andreina—nada tengo ya que hacer aquí!

Dirigióse hácia la puerta, pero volviéndose de repente, añadió con voz desgarradora:

—¡No, eso sería demasiado cruel! Tú no puedes dejarme marchar sin esperanza y dispuesta á cometer cualquier locura. ¿Ignoras lo que tú eres para mí? ¡Eres el único hombre á quien yo, no solo he amado, sino que he apreciado! ¡Eres bueno, valiente y leal! ¡Si te comparo á los demás, todos me parecen pequeños y vulgares! ¡Cuando me dijistes la primera vez que me amabas, me pareció que recobraba mi dignidad y mi fé perdidas, mis ilusiones burladas, la virginidad de mi alma hasta entonces arrastrada por el fango!... ¿Y habiendo encontrado un ser que me ha devuelto todo esto, crees que voy á perderle resignada y á cederle sin luchar? ¡Qué locura! ¡imposible!... Dejaría de ser Andreina Olona!

Aquella súplica encerraba una amenaza que fatigaba á Solignac y oprimia su corazón.

—Mi amor es de los que matan—dijo Andreina, con la mirada fija, como si realmente hubiese visto en aquel momento la vision ensangrentada á que se refería.—El pálido rostro de Octavio se me aparece... ¡Por las noches viene á sentarse á mi cabecera, y aquel cadáver reclama otro!

—¿Otro?—exclamó Enrique.—¿A quién quieres matar, desgraciada?

La joven contestó con una de aquellas sonrisas que, en sus labios, tenían á la vez tanto encanto y tanta crueldad. Luego, pausadamente:

—¿A quién? ¡Pregúntaselo al porvenir!— añadió.

Solignac se puso horriblemente pálido, y hubiera deseado seguir la entrevista para saber qué siniestra idea ocultaba la italiana tras aquellas reticencias algo sibilíticas; pero la puerta del cuarto se abrió de repente, apareciendo Castoret, también muy pálido.

Miró bruscamente á la señorita de Olona, que, sin decir una palabra, saludó al coronel y se retiró.

—¿Qué sucede?—preguntó Solignac.

—Nada—repuso Castoret;— pero estaba allí escuchando. Creí que las explicaciones duraban demasiado, y entré...

—Y bien, ¿qué opinas de esa mujer? ¡Ya ves que sufre!

—¡Y hace sufrir!... Sentáos y descansad; apenas podeis teneros de pie. Olvidad á esa mujer. ¡Ah, suerte maldita! ¿Quereis saber mi opinion, coronel? Pues que Catissu me arranque los ojos si quiere; pero por los leones de Saint-Michel que la justicia no está bien arreglada. ¡Deberia haber consejos de guerra constituidos especialmente para fusilar á las mujeres! ¡Este es mi humilde modo de pensar, y todas las opiniones son libres!

III

El nuevo amigo del señor de Navailles.

Agostino Ciampi no se ocupaba de la desesperacion de Andreina, ni de los sufrimientos de Solignac. No pensaba sino en su union con Luisa de Farges, union imposible en principio; pero el marqués tenía en su ingenio recursos suficientes para probar que si la palabra *imposible* no es francesa, tampoco es italiana.

Su primer cuidado fué informarse de la vida íntima de los habitantes del hotel de Farges. Sin darse á conocer y con el pretexto de enterarse del estado del coronel Solignac, en nombre de algunos oficiales, se informó por los criados del hotel del modo de ser de la condesa y del anciano marqués.

Agostino no ignoraba que el marcado favor con que la condesa habia acogido á Solignac podia tomar otro nombre que el de compasion únicamente, y creia, con razon, que una táctica hábil requería no declararse desde luego. Precipitar aquel paso, era fracasar de seguro.

—Bueno— se dijo Ciampi, —¡sitiaremos la plaza!